

de derecho á Ferrara, y ponía esta traslación en conocimiento de los ciudadanos de Basilea, así como también de todas las ilustres Universidades (1).

El Sínodo declaró inválida esta bula, y amenazó al Papa con la suspensión y deposición. Inútilmente procuró el noble cardenal Juliano Cesarini mediar una vez más en favor de la paz, rogando instantemente á los sinodistas, en un largo y caluroso discurso, que recibieran á los griegos depuestos todo rencor y contienda (2), y les enviaran sus mensajeros. Si los griegos se negaban á acudir á Basilea, Aviñón ó Saboya, debían condescender con ellos, como quiera que la unión era el asunto principal, y el sitio sólo una cuestión secundaria; al propio tiempo debían reconciliarse con el Papa, para no ser objeto de las burlas de los bizantinos á la llegada de éstos. Pero Cesarini predicaba á sordos, y en vista de ello abandonó con sus amigos, en número considerable, la ciudad del Concilio, en la cual nada podía ya esperarse para provecho de la Cristiandad (3).

Otro notable defensor de la causa conciliar, el erudito Nicolao de Cusa, se puso igualmente al lado del Papa; y así él como los demás teólogos que entonces se separaron del Concilio y se pusieron á favor de Eugenio IV, han sido muchas veces, á causa de este paso, colmados de los más acerbos reproches, y culpados de falta de carácter; pero estas acusaciones deben calificarse resueltamente de injustas. Pues Nicolao de Cusa, como el cardenal Juliano Cesarini, cuyo carácter recto alaban en gran manera todos sus contemporáneos, fueron hombres que sin duda alguna procuraban honrada y concienzudamente el bien de la Iglesia, y sólo habían defendido la causa del Concilio mientras esperaban de

(1) Hefele VII, 650-651. La esterilidad del Concilio de Basilea, acusada por Eugenio IV, la describe así Eneas Silvio en su *Commentarius*, ed. Fea 62: «Ceterum in communi de moribus, de pietate, de iustitia, de modestia cleri ac populi nihil agebatur. Pluralitas beneficiorum, quia multos tangebatur, prohiberi nunquam potuit. Habitus episcopales, qui apud Alemannos leniusculi (leviusculi?) sunt, reformari non valuerunt, nec arma prohibita sacerdotibus nec venationes aut aucupationes, non fastus nimius sublatus; quamvis Iulianus aurea mulis fraena subtraxerit lege manuali, quae paucibus mensibus duravit. Non prohibita sumptuosa prandia, non famulatus laicalis, non pecuniaria iudicia, non multitudo ignorantium sacerdotum. Sola reformatio sancta videbatur, si sedes apostolica nuda relinqueretur.»

(2) Los griegos se habían puesto en camino en Noviembre de 1437, en los barcos dispuestos por el Papa. Cf. Zhishman 215. 218 ss.

(3) Hefele VII, 653-657. Masius, Traversari XIX.

él la realización de la reforma eclesiástica por tanto tiempo anhelada; pero se vieron amargamente desengañados en esta su esperanza. El curso de las negociaciones mostró con demasiada claridad, que la mayor parte de los miembros del concilio se dejaban guiar por bajos intereses de partido y ciego rencor contra el Papa, dirigiéndose de este modo, cada vez más abiertamente, hacia el cisma, aun cuando estaban frescas en la memoria de todo el Occidente las infelices turbaciones producidas por la última excisión. El que Cusa y Cesarini abandonaran en tales circunstancias el partido de los de Basilea para ponerse al lado de la autoridad legítima, y emprendieran, en unión con Eugenio, el combate contra el cisma que amenazaba, es un honroso testimonio de la sinceridad y firmeza de carácter de aquellos varones, los cuales tuvieron por inconciliable con su conciencia el seguir fomentando una dirección cuyos perniciosos resultados se veían cada día más claros (1).

Mientras por este camino perdía el sínodo de Basilea sus mejores elementos, el concilio, abierto en Ferrara á 8 de Enero de 1438 por el eximio cardenal Albergati, alcanzaba desde luego la mayor importancia. A 4 de Marzo llegó allá el Emperador griego Juan Paleólogo con un grande acompañamiento de dignatarios y teólogos bizantinos, entre ellos Marco de Éfeso, Bessarion de Nicea y Gemistos Plethon; y á 8 de Marzo le siguió el Patriarca griego Joseph. El Papa Eugenio IV moraba ya desde fines de Enero en la capital de los Este, y luego de su llegada á ella había reunido, en una solemne congregación celebrada en su capilla, á los preladados sinodales; hábiales expuesto sus relaciones con los de Basilea, y amonestádoles á comenzar en sí mismos la reforma por su propia enmienda (2).

Las negociaciones con los griegos se prolongaron más de un

(1) Hefele en el *Kirchenlexicon* de Aschbach I, 498. Cf. *Histor.-polit.* Bl. XII, 599 s.; Höfler en la *Münch. Gel. Anz.* 1848 p. 478 s. 482; Fiorentino 24. 31 s. 63 s. 67. 73. 80. (muy bien contra el injusto juicio de Voigt), y Düx I, 166-168; *ibid.* 227 ss. 233 ss., sobre la acción posterior de Cusa en favor de Eugenio y de la piedra angular del orden eclesiástico. También el célebre J. Nider abandonó á Basilea á principio del año 1436; cf. Schieler 358.

(2) Ceconi 208 s. Hefele VII, 663. El último nota: «Fue ésta una frase feliz, pues de hablar acerca de la reforma había ciertamente demasiado, pero los hechos no parecían por ninguna parte; por esto ya antes había escrito Eugenio á los de Basilea, que no eran palabras lo que hacía falta, sino hechos y buen ejemplo.»

año, y varias veces pareció que la Asamblea había de tener un éxito desfavorable; pero sus apuros políticos obligaron finalmente á los griegos á ceder; en Julio de 1439 se llegó á ajustar en *Florenzia*, á donde entretanto se había trasladado el concilio (1), una unión con los griegos, á la verdad solamente efímera. El documento en que se asentaron las condiciones de ella, fué suscrito á 5 de Julio de 1439 por casi todos los dignatarios eclesiásticos presentes en Florenzia (habiéndose negado á firmarlo solamente algunos de los más agrios enemigos de la unión, entre los griegos); á 6 de Julio se publicó solemnemente en la catedral de Florenzia, y aun se conserva en la actualidad, como uno de los más preciosos tesoros de la Biblioteca Laurenciana de dicha ciudad.

El Papa se apresuró á dar conocimiento de este éxito feliz á todo el mundo cristiano, ordenando que en todas partes se hicieran públicas oraciones para dar gracias á Dios por lo que dichosamente se había terminado, y suplicarle que quisiera perfeccionar su obra, sometiendo también á las soberbias bárbaras naciones bajo el yugo de la fe cristiana (2). Semejantes esperanzas fundaba asimismo en la conseguida unión, el humanista Flavio Biondo: Si los demás pueblos de Europa y Asia, que en algún tiempo habían estado unidos con la Iglesia, se ganaran de nuevo para ella, quedaría restablecido, por efecto de la restauración de la unidad de fe, el *Imperium romanum*, dominando espiritualmente al mundo, y entonces podrían también ser arrojados de Europa y de aquellas partes de Asia, los bárbaros que no pertenecieran al Imperio romano (3).

Eugenio IV había conseguido realmente un grande éxito, pues, el cisma varias veces secular, que había arrancado á la Iglesia de los Pontífices romanos numerosos pueblos y regiones

(1) La peste no fué sino el pretexto para la traslación del Concilio á Florenzia. Frommann (25 ss.) muestra cómo Eugenio, en último caso, deseaba la traslación á Florenzia simplemente por respetos pecuniarios, y la ciudad ofreció con gran liberalidad, aunque no sin miras interesadas y garantías de restitución, los medios necesarios. La bibliografía acerca de la tentativa de unión de Eugenio IV, en Ehrhard 24.

(2) Cf. Raynald ad a. 1439 n. 9, y Chmel, Mat. I, 2, 51-52 (Escrito de 7 de Julio al duque Federico de Austria, que comienza con las palabras: «Gloria in altissimis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis.») El texto griego y latino del decreto de unión, conforme al ejemplar de la Biblioteca Laurenciana, publicólo con aclaraciones C. Milanesi en el *Giornale storico degli Archivi toscani* (Firenze 1857) I, 196 ss. Cf. Pierling I, 42.

(3) Dec. III, l. VIII. Cf. Kemetter xxiv.

extensas, haciéndolos de este modo ajenos al Occidente latino, quedaba, por lo menos fundamentalmente, vencido; y la unidad dogmática, por tanto tiempo procurada entre las iglesias de Occidente y Oriente, se había restablecido por fin. Acerca de la consistencia ó inconsistencia de esta obra de unión, no podía entonces juzgar nadie con entera seguridad, y en muchas esferas se esperaba que la reconciliación habría de ser eficaz y duradera. El que aquel Papa, tan amarga y apasionadamente combatido por el concilio de Basilea, fuera quien había realizado dicha unión, contribuyó no poco á robustecer la autoridad de Eugenio (1); sintiendo todo el mundo, más ó menos explícitamente, la impresión de que el Pontificado tan vilipendiado por los de Basilea, después de este reconocimiento de su autoridad por los representantes de la Iglesia griega, volvía á emprender una marcha ascendente (2).

Fué de grandísima trascendencia para el Occidente, que padecía aún los resultados del gran Cisma, la resolución dogmática pronunciada por el concilio Florentino en el decreto de unión, acerca de la extensión de la autoridad pontificia. El Papa—así quedaba ahora resuelto por un concilio ecuménico (3)—no es solamente Cabeza de las iglesias particulares, sino de la Iglesia universal; tiene su poder, no recibido de la muchedumbre de los fieles, sino inmediatamente de Cristo, cuyo Vicario es; y no sólo es Padre, sino también Maestro de todos los cristianos, á quien todos deben seguir (4). Con esta resolución, que vino á ser fundamental para el desenvolvimiento teológico de la doctrina del Primado, quedaban esencialmente removidas las sombras que había acumulado el cisma sobre la idea del Pontificado (5).

Las negociaciones para la unión con los griegos tuvieron, además de su importancia dogmática, asimismo gran trascendencia

(1) Höfler, Roman. Welt 208.

(2) Creighton II, 192-193.

(3) Cf. Heinrich II, 413 s.

(4) Hergenröther II, 201; III, 390 ss. Cf. el mismo en su obra *Staat und Kirche* 968 ss., y Hefele VII, 741-761. Aquí se reúne y juzga la bibliografía sobre la supuesta falsificación de algunos ejemplares del Decreto de unión, en el pasaje acerca del Primado.

(5) Lederer, Torquemada 13. El sentimiento creciente de su propia fuerza, lo expresa Eugenio IV claramente en la Constitución «Moyses», publicada en Septiembre de 1439, donde se condena con dureza la revolución de los de Basilea.

para las letras y la cultura europea. Por ella se inició un nuevo comercio intelectual entre el Oriente y el Occidente, entre la formación espiritual de los griegos y los latinos, lo cual produjo los más trascendentales resultados. Es difícil expresar con palabras cuánto contribuyeron dichas negociaciones, así para fomento de los estudios helénicos como para la aceptación de la griega Filosofía. Sólo desde entonces se hizo posible generalizar el estudio de la lengua griega. Pero el concilio Florentino, no solamente fué de grande importancia para el desarrollo de la literatura, sino también para el de las artes (1).

En la Curia pontificia ejercieron las negociaciones para la unión una influencia permanente, y dieron importancia todavía mayor al elemento humanista, que ya se había hecho en ella poderoso. A causa de las negociaciones con los representantes de la Iglesia griega, tuvo Eugenio IV indispensable necesidad de hombres á propósito para traducir del griego, para servir de intermediarios del trato personal y para las disputas. Y así aconteció que este Papa, nada influido por el espíritu del Renacimiento, se vió obligado por las circunstancias á tomar á su servicio cierto número de humanistas que poseyeran la lengua griega. Cuán extraordinariamente ocupados estuvieran aquellos hombres, lo indica la expresión de Guarino: que desde la llegada de los griegos no había tenido una sola hora tranquila. Como intérprete oficial servía en las disputas Nicolao Sagundino de Negroponto, «hombre más versado en los negocios que en la erudición» (2). En estas fastidiosas conferencias con los griegos fué, donde uno de los más ilustres representantes del renacimiento cristiano, Tomás Parentucelli, dió brillantes pruebas de su conocimiento de la literatura teológica, y habiendo atraído á sí por este camino la atención del Papa, echó los cimientos de su elevación futura (3).

Todavía más que Parentucelli, se distinguieron entonces el camaldulense Ambrosio Traversari, á quien ya conocemos, y que

(1) Cf. Kraus II, 2, 1, 52. El fin y la extensión de la presente obra nos prohíbe descender más en particular á estos asuntos.

(2) V. Voigt, *Wiederbelebung* II³, 117. Cf. Pierling I, 30. 32 ss. Acerca de los eruditos griegos en Florencia, cf. Uzielli, Paolo Toscanelli (Roma 1894) 152 ss.

(3) Parentucelli se distinguió también en las negociaciones para la unión con los Armenios, Jacobitas y Etiopes; cf. Mai, *Spicil.* I, 30.

era particularmente amado de Eugenio IV, y el griego Bessarión. Al primero pertenece la gloria de haber redactado en ambos idiomas el documento de la unión; pero puede considerarse como resultado cierto de las investigaciones históricas, que también Bessarión ejerció un substancial influjo en el contenido de tanto documento (1).

Bessarión, no menos grande como hombre que como erudito, ha sido designado, no sin justicia, como el último griego notable antes de la completa ruina de su pueblo (2). Entusiasta admirador de Platón, estaba versado cual ningún otro acaso de sus contemporáneos, en las obras de los Padres griegos, y era además profundo pensador y escritor fácil.

Bessarión había nacido á fines del siglo XIV en Trebisonda, de humilde familia; y después de haber estado en Constantinopla por causa de sus estudios, entró, en 1423, en la Orden de los Basilos. Ya en aquel mismo año fué al Peloponeso para recibir las lecciones de Gemistos Plethon, bajo cuyo magisterio estudió con extraordinario ardor la Filosofía y las Matemáticas. Enemigo de todos los extremos y exclusivismos, así en la vida como en la ciencia, tomó Bessarión de buena gana el papel de medianero y conciliador, haciéndose por esta causa especialmente apto para dirigir las difíciles negociaciones referentes á la unión. Habiendo ascendido rápidamente á las sucesivas dignidades eclesiásticas, llegó á ser arzobispo de Nicea, y en calidad de tal, vino á Italia con el Emperador bizantino. Su dignidad moral, su extenso conocimiento de la Teología y su elocuencia suave, hicieron profunda impre-

(1) Cf. *Studien und Forschungen über das Leben und die Zeit des Kardinals Bessarion 1395-1472. Abhandlungen, Regesten und Kollektaneen von Wolfgang von Goethe. I. Die Zeit des Konzils von Florenz, 1.* Impreso como manuscrito (Jena 1871).

(2) Von Hase en *Ersch-Gruber, Encykl. Sektion 1, Bd. IX, p. 295.* El material biográfico ha sido bien reunido por Voigt (*JP*, 123). Acerca de sus escritos por la unión cf. Ehrhard en *Krumbacher* 117 ss. El escrito de ocasión dedicado al Cardenal Mattei por Raggi, *Commentario sulla vita del card. B.* (Roma 1844), carece de valor; de lo cual me he podido convencer por mí mismo. El trabajo de Vast (París 1878) deja mucho que desear. La monografía publicada en San Petersburgo en 1883 por Sadov (cf. *Rev. d. quest. hist.* 1884, Janv. p. 271) sólo se apoya en fuentes impresas, y ha promovido muy poco nuestros conocimientos. Acerca de las relaciones de Bessarión con Grottaferrata cf. Rocchi, *La Badia di S. Maria di Grottaferrata* (Roma 1884), sobre sus beneficios en Spalato, *Bessarione V*, 86 ss.; acerca de sus retratos, *Kenner* 157. Cf. también Stornajolo, *Ricerche s. vita del card. B.* (Siena 1897).

sión en todos, en Ferrara y en Florencia. Después de felizmente acabado el asunto de la unión, se dirigió Bessarión á Grecia, para regresar no obstante poco después á Italia, donde entró de todo punto en la Iglesia católica romana, y fué condecorado, á 18 de Diciembre de 1439, con otro paladín de la unión eclesiástica, el arzobispo Isidoro de Kiew, con la púrpura cardenalicia (1). Aquí se le llamó desde entonces ordinariamente Niceno, al paso que se llamaba á Isidoro, cardenal Rutheno.

Se han dirigido contra Bessarión, á causa de este paso, violentas acusaciones; pero sin justicia; antes bien la entrada de Bessarión en la Iglesia, después de la unión eclesiástica que poco antes había precedido, y de las negociaciones á ella encaminadas, aparece tan motivada desde el punto de vista teológico, así objetiva como subjetivamente, que ni siquiera puede llamarse en el fondo una mudanza ó abandono de sus creencias anteriores; y después de dado este paso, la conducta de Bessarión fué siempre, en particular respecto de sus antiguos correligionarios, enteramente digna y noble (2). Bessarión aprendió el latín y desplegó una grandiosa actividad en favor de la Iglesia, de las ciencias y de su desgraciado pueblo; y todavía tendremos que hablar repetidas veces de las múltiples y difíciles misiones que le confiaron los papas y de su abnegada actividad en favor de sus nacionales. Aquí baste recordar que el cardenal griego alcanzó los mayores méritos en pro de la Iglesia, como reformador de la Orden de San Basilio y como favorecedor de las dos grandes Ordenes mendicantes. Aquel príncipe de la Iglesia, dotado de singular ilustración, empleaba sus rentas de la más noble manera, en el fomento de las ciencias, en la adquisición de manuscritos y en socorrer á sabios necesitados; y su mecenazgo debe reputarse como magnífico,

(1) Esto fué en la gran promoción en que se nombraron en total 17 nuevos cardenales. Además de los griegos mencionados había entre ellos 5 italianos (Ioannes ex comitibus Tagleacotio, Nicolaus de Acciapaccio, Georgius de Flisco, Gerardus Landrianus, Albertus de Albertis), 4 franceses (Reginaldus de Chartres, Ludovicus de Luxemburgo, Ioannes Iuvenis, Guilelmus de Estoutevilla), 1 español (Ioannes de Turrecremata), 1 inglés (Ioannes Kemp), 1 alemán (Petrus a Schaumburg, obispo de Augsburgo) 1 portugués (Antonius Martini de Clavibus), 1 polaco (Sbigneus Olesnicus=Zbigniew Olesnicki) y 1 húngaro (Ioh. Széch); v. Ciaconius II, 900—919; Frizon 483 ss.; Panvinius 287; Eubel, Hierarchia II, 7—8.

(2) Düx en Aschbach, Kirchenlexikon I, 698—699. Cf. Weisz, Vor der Reformation 101.

si se le considera en relación con los modestos medios de que disponía (1). En su palacio congregaba en torno de sí, en una especie de academia, un círculo de los más distinguidos humanistas de Italia y Grecia; y en apacibles reuniones se trataban allí asuntos científicos, en particular cuestiones de la Filosofía platónica (2). Su interés íntimo por el Renacimiento lo manifestó además el cardenal traduciendo varios autores griegos al latín, defendiendo heroicamente á Platón contra el aristotélico Jorge de Trebisonda (3), y fundando una biblioteca que no tenía igual en Italia, así por el número como por la preciosidad de sus manuscritos. Y no fué solamente el afán coleccionista lo que guió en esta parte al cardenal; sino el entender que ayudando á difundir en Occidente el conocimiento é inteligencia de los grandes sabios de la Antigüedad, elevaba la estimación de sus nacionales y fomentaba por este camino la unidad espiritual de la Cristianidad, ideal que tan fervorosamente había perseguido. Al propio tiempo influía en él, en particular después de la caída de Constantinopla, el hermoso pensamiento patriótico de salvar los tesoros espirituales del antiguo mundo griego, en cuanto fuera posible, del furor vandálico y barbarie de los infieles, y conservar así á la posteridad la más preciosa parte de la herencia de su pueblo, ya que la independencia nacional de éste había sido aniquilada (4). En tal concepto fué especialmente favorable para Bessarión el haberle confiado el Papa en 1446 la inspección sobre todos los monasterios basilianos de Italia (5). Poco á poco fué reunien-

(1) Stein en Archiv f. Gesch. der Phil. II, 447.

(2) Gregorovius VII³, 543. Cf. Vast 165 ss. 298 ss., y Arch. Rom. XIII, 493 ss. «Presupone, dice Hase (297) mucho talento social y una formación superior, que no se consigue con sola erudición, el que Bessarión pudiera reunir en torno de sí á hombres como Flavio Biondo, Filelfo, Poggio, Campano, Perotto, Dom. Calderino, Platina etc., los cuales, á la manera clásica, le acompañaban en sus excursiones y hablaban de él en sus escritos con admirable reverencia, por muy discrepantes que fueran sus opiniones en muchos puntos.» Sobre la casa de Bessarión en Roma cf. Adinolfi II, 24.

(3) «In calumniatore Platoni» suena el título de la traducción latina en cuatro libros (cf. Vast 347; Zeitschr. f. Gesch. der Phil III, 50 s.; Bessarione I, 68 y Neue Heidelb. Jahrb. 1899 IX, 88). El original griego, que no tiene más que tres libros, se guarda en la *Biblioteca Vaticana de Roma* Graec. 1435. V. v. Hertling en la Litterar. Rundschau 1875 p. 91 Anm 1. Cf. Rossi en su traducción de la Hist. de la Literatura de Gaspary. Rinascimento (Torino 1900) I, 362.

(4) Voigt II³, 131.

(5) Bessarión aprovechó también su nuevo cargo para fundar escuelas superiores.

do Bessarión 746 manuscritos (entre ellos 482 griegos) cuyo valor estimaba en 15000 ducados. En el ocaso de su vida, cuatro años antes de su muerte, aquel magnífico príncipe de la Iglesia, con permiso del papa Paulo II, regaló esta biblioteca á la República de Venecia, la antigua medianera entre el Oriente y el Occidente: resolución que parece incomprensible en un tan apasionado amigo de los libros como era el cardenal; pero que puede explicarse, teniendo presente la circunstancia de que, el número de los que pueden utilizar una biblioteca privada, ha de ser siempre limitado, mientras que en Venecia debía ponerse aquel tesoro de libros á la libre disposición del público (1).

Junto á Bessarión se distinguió, entre los griegos que tomaron parte en el concilio florentino, su maestro el filósofo *Gemistos Plethon*; mas la actividad que desplegó este hombre, dotado de grandes cualidades, pero apasionado y extremoso, iba encaminada contra el negocio de la unión. Lo que ante todo preocupaba á Plethon era difundir la Filosofía platónica, y en este respecto dejó en Italia vestigios duraderos de su influencia. Sus palabras de fuego encendían el alma sensible de Cosimo de' Médici, y despertaban en él el plan de resucitar la Filosofía platónica en Italia. «El gran Cosimo—dice Marsilio Ficino en su traducción de las obras de Plotino,—oía frecuentemente por entonces, mientras el concilio convocado por el Papa Eugenio IV celebraba sus sesiones en Florencia, las pláticas del filósofo griego Plethon, el cual disputaba como otro Platón sobre la Filosofía platónica; y la viva elocuencia de aquel hombre se apoderó de él y le entusiasmó de suerte, que hizo nacer en su elevado espíritu el pensamiento de fundar una academia en cuanto pudiera hallar para ello un momento favorable (2).

(1) Geiger, Renaissance 112, donde no obstante hay que rechazar el dato de que Bessarión gastara 30,000 ducados en su biblioteca. El mismo error se halla en Gregorovius VII³, 543. Cf. contra esto Agostini II, 182, cuyas razones no ha refutado el autor del artículo de la revista Bessarione I, 70 s. La bibliografía sobre la suerte de la biblioteca de Bessarión (ahora en la Marciana) en Reumont III, 1, 511. Cf. también Vast 373 ss. El último erudito citado no conoció el trabajo de E. G. Vogel: «Bessarions Stiftung oder die Anfänge der St. Markusbibliothek in Venedig», el mismo está reimpresso en Serapeum (1841) II, 90 ss. 97 ss. 138 s. Cf. además Valentinelli, Bibl. ms. S. Marci I, 1 ss.; C. Castellani, II prestito dei codd. ms. d. bibl. di S. Marco (Venezia 1897), y Omont en la Rev. d. bibl. IV, 129 ss.

(2) V. Reumont, Lorenzo I³, 402.

Plethon regresó á su patria no mucho después de haberse terminado el concilio, y hasta qué punto hubiera descubierto á los italianos, á quienes consideraba como incultos bárbaros, sus ideas religiosas, en las que había retrocedido hasta el paganismo griego, es asunto que necesita de más detenidas investigaciones (1).

A la reunión con los griegos siguieron todavía otras uniones, las más de las cuales nacieron asimismo principalmente de la extrema necesidad, y carecieron, por tanto, de interna firmeza. A 22 de Noviembre de 1439 tuvo Eugenio IV el gozo de ajustar con los enviados de los armenios un tratado sobre la unión de su Iglesia con la Romana (2). A ésta siguió, en 1443, la unión de una parte de los jacobitas (3), y en los siguientes años continuó el movimiento de aproximación de los orientales á Roma. El concilio fué trasladado en 1443 de Florencia á Roma, donde celebró todavía dos sesiones (30 de Septiembre de 1444 y 7 de Agosto de 1445), en las cuales se ocupó principalmente de la reunión de los cristianos orientales. A 7 de Agosto de 1445 expresó Eugenio IV en una bula su gratitud hacia Dios, porque después de la restitución de los griegos, armenios y jacobitas, también los nestorianos y maronitas habían dado oídos á sus exhortaciones, y profesado solemnemente la siempre incorrupta fe de la Iglesia romana. Al mismo tiempo prohibió que en adelante se llamara

(1) «Plethon, dice Hertzberg (II, 493), se había apartado interiormente del Cristianismo de una manera completa. Su ideal era un culto pagano de tinte neoplatónico y teosófico; su sistema de filosofía pagana de la religión era un precipitado de teorías neoplatónicas coloreadas de misticismo y teurgia.» A la bibliografía indicada por Hertzberg hay que añadir la monografía de Fr. Schultze: «G. G. Pletho und seine reformatorischen Bestrebungen» (Jena 1874), donde se demuestra también que Plethon no murió en 1452, sino en 1450. Acerca de él cf. también Geiger 109 s.; Voigt II³, 119 ss.; Norrenberg II, 22; Haffner 680; Hettner 173 ss.; Gaspary II, 157 s.; Scharpff, Nikol. von Cusa 97 s.; Janitschek 18 s.; Ritter, Gesch. der Phil. IX, 220 s.; Fischer, Gesch. der Phil. I³, 87; Villari, Savonarola I², 53 ss.; Arnsperger en el Neuen Heidelb. Jahrb. IX, 80 s.; Zeitschr. f. Kirchengesch. 1899 p. 269 ss.; Kraus II, 2, 1, 53; cf. 55, donde se supone como cierto el influjo de Plethon en P. Leto y Marsilio Ficino. Voigt en otros lugares había negado todo influjo semejante. Yriarte 261 (acerca de su sepulcro en Rimini).

(2) V. Bullar. V, 44-51. Cf. Theiner, Mon. Slavov. I, 381; Ph. Alberty, De autoritate decreti Eugenii IV. p. unione Armenor. (Mogunt. 1775), y Balgy, Hist. doct. cath. inter Armenos unionisque eorum c. eccl. Rom. in concilio Florent. (Vindob. 1878).

(3) Cf. Hefele VII, 796 s.; Pichler II, 493.